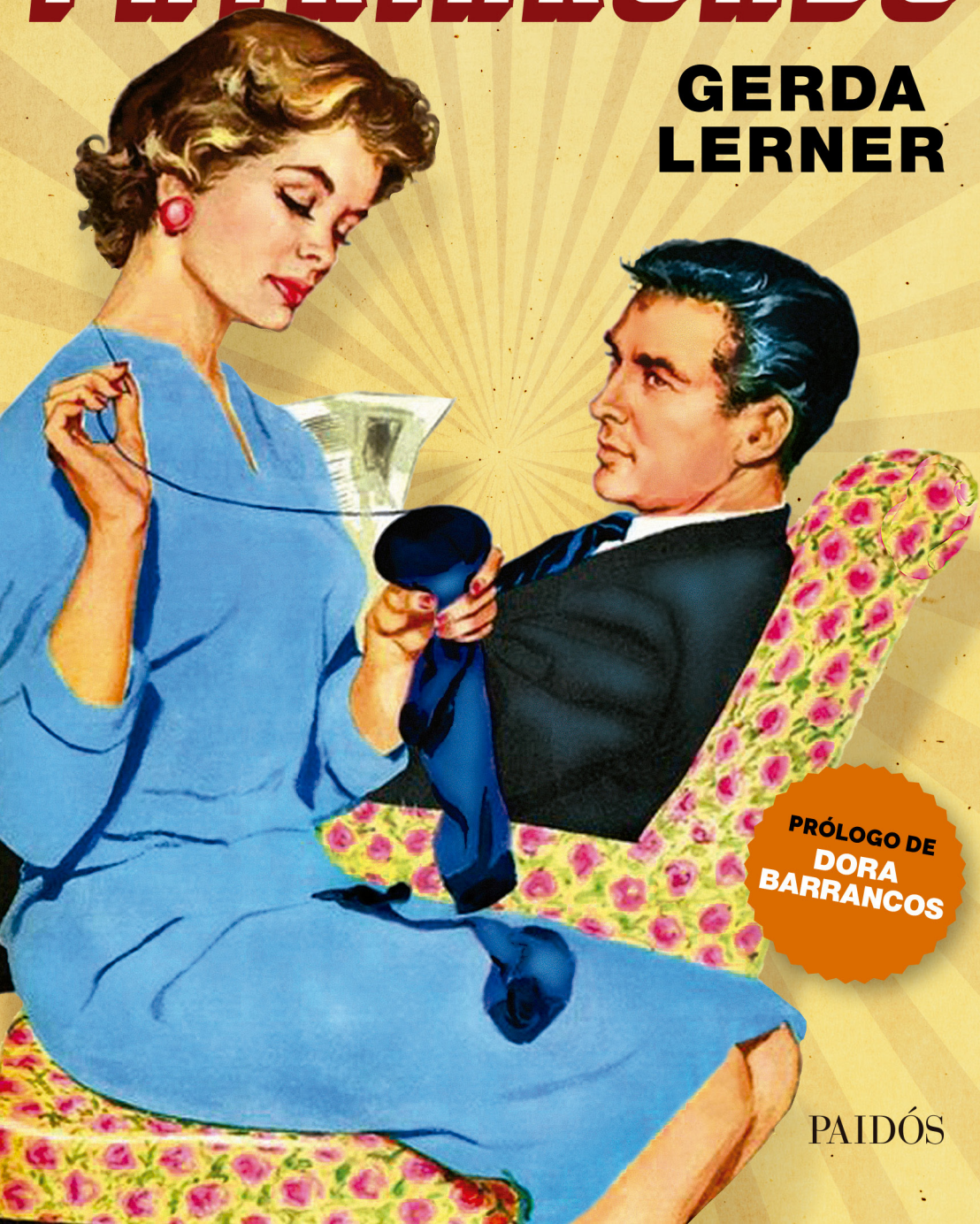


LA CREACIÓN DEL PATRIARCAADO

**GERDA
LERNER**



**PRÓLOGO DE
DORA
BARRANCOS**

PAIDÓS

LA CREACIÓN DEL PATRIARCADO

GERDA LERNER

TRADUCCIÓN DE BETINA GONZÁLEZ

 PAIDÓS

Lerner, Gerda

La creación del patriarcado / Gerda Lerner. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2022.

424 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Betiana González.

ISBN 978-950-12-0365-3

1. Feminismo. I. González, Betiana, trad. II. Título.

CDD 305.4201

1ª edición en Argentina: mayo de 2022

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Título original en inglés: *The Creation of Patriarchy*
Oxford University Press, 1986

Esta traducción se publica con acuerdo de Oxford University Press. Editorial Paidós es la única responsable de la traducción de la obra original y Oxford University Press no es responsable de los errores, omisiones, inexactitudes o ambigüedades que pudiera haber en la traducción, como tampoco de cualquier pérdida derivada de ella.

© 1986, Gerda Lerner

© 2022, Dora Barrancos (por el prólogo)

Traducción de Betina González

Derechos reservados de esta edición

© 2022, Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello Paidós®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

info@ar.planetadelibros.com

www.paidosargentina.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

ISBN 978-950-12-0365-3

3.500 ejemplares

Impreso en Master Graf,

Moreno 4794, Munro, Provincia de Buenos Aires,

en el mes de abril de 2022

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

Introducción

La Historia de las mujeres es indispensable y esencial para su emancipación. Llegué a esta convicción tanto en el terreno de la teoría como de la práctica luego de investigar, escribir y enseñar Historia de las mujeres durante veinticinco años. El argumento teórico será abordado en este libro de forma más amplia, mientras que el práctico surge de la observación de los profundos cambios que experimentan quienes estudian este campo: investigar este tema les cambia la vida. Incluso un breve contacto con la experiencia de las mujeres, como sucede en cursos breves y seminarios, tiene un efecto profundo en la psicología de las participantes.

Sin embargo, la mayor parte de las obras teóricas del feminismo moderno, desde Simone de Beauvoir hasta el presente, son ahistóricas e indiferentes a los estudios históricos feministas. Esto resulta comprensible en los primeros días de la nueva ola del feminismo, cuando eran escasos los estudios sobre el pasado de las mujeres, pero en los años ochenta, cuando hay abundantes y excelentes trabajos dentro de la Historia de las mujeres, persiste la distancia entre los estudios históricos y la crítica feminista en otras áreas. Dentro de campos como la antropología, la crítica literaria, la sociología, la ciencia política y la poesía se han hecho trabajos teóricos que se apoyan en la

“historia”, pero la contribución de especialistas en la Historia de las mujeres no llegó a formar parte del discurso común. Creo que las razones van más allá de la sociología de las mujeres que hacen crítica feminista y más allá también de los límites de su bagaje y práctica académica. Las razones se encuentran en la muy conflictiva y problemática relación de las mujeres con la historia.

¿Qué es la historia? Debemos distinguir entre el pasado sin registro, todos los eventos del pasado que recuerdan los seres humanos, y la Historia, el pasado registrado e interpretado.¹ Al igual que los hombres, las mujeres son, y siempre han sido, actores y agentes en la historia. Puesto que ellas representan la mitad de la humanidad, y a veces más de la mitad, han compartido desde siempre el mundo y el trabajo de manera equitativa con los hombres. Las mujeres no fueron de ninguna forma marginales, sino que han sido, y son centrales, en la construcción de la sociedad y la civilización. También contribuyeron, junto con los hombres, en la preservación de la memoria colectiva, la que convierte el pasado en tradición cultural, crea un vínculo entre generaciones y conecta el pasado con el futuro. La tradición oral se mantuvo viva en los poemas y los mitos creados tanto por hombres como por mujeres y preservados en el folclore, en el arte y los rituales.

Construir la Historia es, por otro lado, una creación que se remonta a los tiempos de la invención de la escritura en la antigua Mesopotamia. Desde la época de las listas de reyes de la antigua Sumeria en adelante, los historiadores –ya fueran sacerdotes, sirvientes del rey, funcionarios y clérigos o pertenecientes a la clase profesional de intelectuales con formación universitaria– han seleccionado los eventos a registrar y los han interpretado para darles significado e importancia. Hasta hace muy poco tiempo, estos historiadores eran hombres y lo que registraron fue aquello que los hombres hicieron, experimentaron y consideraron destacable. A esto lo llamaron

1. Para marcar esta diferencia, escribiré “historia” con minúscula para referirme al pasado no registrado y con mayúscula para el pasado registrado e interpretado.

“Historia” y le atribuyeron un carácter universal. Aquello que hicieron y experimentaron las mujeres no fue registrado y su interpretación ha sido dejada de lado. Hasta hace poco, los estudios históricos sólo veían a las mujeres como marginales en la construcción de la civilización y para nada esenciales dentro de lo que definieron como “históricamente importante”.

De esta forma, aquello que fue asentado e interpretado del pasado de la raza humana es apenas un registro parcial, puesto que omite el pasado de la mitad de la humanidad. Además, está distorsionado, ya que cuenta la historia tan sólo desde el punto de vista de la mitad masculina de la humanidad. Atacar este argumento, como a menudo se ha hecho, diciendo que también hubo muchos grupos de hombres –posiblemente la mayoría– que fueron eliminados durante largo tiempo del registro histórico a causa de las interpretaciones prejuiciosas de los intelectuales que actuaban en representación de los intereses de las pequeñas elites poderosas es evitar la cuestión. Un error no cancela el otro: hay que corregir ambos errores conceptuales. Cuando los grupos que en un primer momento fueron subordinados, como el campesinado, los esclavos o el proletariado, ascendieron a posiciones de poder, o al menos fueron incluidos en la política, sus experiencias pasaron a formar parte del registro histórico (o sea, la experiencia de los varones de estos grupos, puesto que las mujeres, como siempre, fueron excluidas). Tanto hombres como mujeres sufrieron exclusión y discriminación debido a su clase, pero ningún hombre ha sido excluido del registro histórico debido a su sexo, mientras que todas las mujeres sí.

Se ha impedido que ellas contribuyeran en la escritura de la Historia, es decir, en el ordenamiento e interpretación del pasado de la humanidad. Puesto que este proceso de dar sentido es esencial en la creación y perpetuación de la civilización, podemos ver que la marginación de esta actividad nos ubica en una posición única y aparte. Somos la mayoría y, sin embargo, entramos en las instituciones sociales como si fuéramos una minoría.

Si bien las mujeres han sido victimizadas por este y otros aspectos de su larga subordinación a los hombres, sería un error

conceptualizarlas esencialmente como víctimas. Esto oscurece lo que debería asumirse como obvio respecto de la situación histórica de las mujeres, que es que ellas son esenciales y centrales en la creación de la sociedad, que son y siempre serán actores y agentes de la historia. Las mujeres han “hecho historia” y, no obstante, se les impidió conocer la suya e interpretar la Historia, tanto la propia como la de los hombres. Han sido sistemáticamente excluidas de la empresa de crear sistemas simbólicos, filosofías, ciencia y leyes. No sólo fueron privadas de la educación a lo largo de la historia en todas las sociedades, sino que también fueron excluidas de la formación de teorías. He llamado “dialéctica de la historia de las mujeres” a esa tensión entre la experiencia histórica real de las mujeres y su exclusión en la interpretación de esta experiencia. Esta dialéctica ha hecho avanzar a las mujeres en el proceso histórico. La contradicción entre la centralidad y el rol activo de las mujeres en la creación de la sociedad y su marginación en el proceso de interpretarla y explicarla ha sido una fuerza dinámica que las impulsó a luchar contra su condición. Cuando, en este proceso de lucha, y en determinados momentos históricos, han sido conscientes de las contradicciones en su relación con la sociedad y los procesos históricos, las percibieron claramente y las nombraron como lo que son: privaciones que las mujeres comparten como grupo. Esta toma de conciencia se vuelve la fuerza dialéctica que las impulsa a la acción de cambiar sus condiciones y entablar una nueva relación con una sociedad dominada por hombres.

Debido a estas condiciones únicas para ellas, han tenido una experiencia histórica significativamente diferente a la de los hombres.

Comencé mi investigación haciéndome esta pregunta: ¿cuáles son las definiciones y conceptos que necesitamos para explicar las relaciones únicas y aisladas de las mujeres con los procesos históricos, la construcción de la historia y la interpretación de su propio pasado?

Otra pregunta que esperaba que mi estudio pudiera abordar estaba relacionada con el largo tiempo que tomó esta toma de conciencia (más de tres mil quinientos años). ¿Cómo dilucidarlo? ¿Qué podría explicar la “complicidad” histórica de las

mujeres en sostener el sistema patriarcal que las subordinó y en transmitir ese sistema, generación tras generación, a sus hijos e hijas?

Ambas preguntas son enormes e incómodas, pues parecen llevarnos a respuestas que se orientan a la victimización de las mujeres y su inferioridad esencial. Creo que esta es la razón por la cual dichas preguntas no fueron formuladas anteriormente por las pensadoras feministas, aunque el saber tradicional masculino nos ha ofrecido la respuesta patriarcal: las mujeres no han producido avances importantes en el pensamiento debido a su determinación biológica orientada a la crianza y el afecto, lo que condujo a su “inferioridad” esencial en relación con el pensamiento abstracto. Yo comienzo, en cambio, con el presupuesto de que los hombres y las mujeres son biológicamente diferentes, pero que los valores e implicaciones basados en esas diferencias son el resultado de la cultura. Las diferencias discernibles en el presente entre el grupo de hombres y el de las mujeres son el resultado de la particular historia de las mujeres, que es esencialmente diferente a la de los hombres. Esto se debe a su subordinación a los hombres, que es más antigua que la civilización, y a la negación de su historia. El pensamiento patriarcal ha oscurecido y rechazado la existencia de la historia de las mujeres, algo que ha afectado significativamente tanto la psicología de hombres como de mujeres.

Comencé mi trabajo con la convicción, compartida por la mayoría de las pensadoras feministas, de que el patriarcado es un sistema histórico, puesto que tiene un comienzo en la historia. Si esto es así, puede también llegar a su fin por un proceso histórico. Si el patriarcado fuera “natural”, es decir, si estuviera basado en un determinismo biológico, cambiarlo significaría alterar la naturaleza. Se podría argumentar que alterar la naturaleza es precisamente lo que la civilización ha hecho, pero hasta ahora la mayoría de los beneficios de la dominación de la naturaleza, que los hombres llaman “progreso”, fueron para el macho de la especie. Cómo y por qué sucedió esto son preguntas históricas, más allá de cómo se expliquen las causas de la subordinación femenina. Mis propias hipótesis sobre las causas y el origen de la subordinación de las mujeres serán dis-

cutidas en los capítulos 1 y 2. Lo que importa en mi análisis es la idea de que la relación de hombres y mujeres con el conocimiento de su pasado es en sí misma una fuerza determinante en la construcción de la historia.

Si la subordinación de las mujeres fuera efectivamente previa a la civilización occidental, asumiendo que la civilización comenzó con el registro histórico escrito, mi investigación debería comenzar en el cuarto milenio antes de Cristo. Esto fue lo que me llevó a mí, una historiadora norteamericana especializada en el siglo XIX, a pasar los últimos ocho años trabajando en la historia de la antigua Mesopotamia para responder a los interrogantes que considero esenciales en la creación de una teoría feminista de la historia. Aunque inicialmente me interesaron las preguntas sobre el “origen”, enseguida me di cuenta de que eran mucho menos importantes que las preguntas sobre el proceso histórico por el cual el patriarcado se estableció y se institucionalizó.

Este proceso se manifestó en cambios en la organización del parentesco y en las relaciones económicas, en el establecimiento de las burocracias religiosa y estatal, y en el giro hacia cosmogonías que narraban la ascensión de divinidades masculinas. Basándome en trabajo teórico existente, asumí que estos cambios ocurrieron como “un evento” en un período relativamente corto, que pudo haber coincidido con la creación de los Estados arcaicos o que pudo haber ocurrido antes, con el establecimiento de la propiedad privada, lo que llevaría luego a la sociedad de clases. Bajo la influencia de las teorías marxistas del origen, que serán discutidas en el capítulo 1, imaginé una especie de “derrocamiento” revolucionario que habría alterado visiblemente las relaciones de poder existentes en la sociedad. Esperaba encontrar cambios económicos que llevaran a cambios en las ideas y en los sistemas explicativos religiosos. Específicamente, estaba buscando cambios visibles en el estatus económico, político y jurídico de las mujeres. Pero a medida que me adentraba en el estudio de las abundantes fuentes para la historia del Antiguo Cercano Oriente, y comencé a mirarlas dentro de una secuencia histórica, entendí que mi asunción había sido muy simplista.

El problema no está en las fuentes, que son ciertamente ricas para hacer una reconstrucción de la historia social de la antigua sociedad mesopotámica. El problema de la interpretación es similar al problema que encara un historiador de cualquier campo que se aproxime a la historia tradicional con interrogantes respecto de las mujeres. Hay pocos trabajos realmente importantes sobre las mujeres, y lo que hay es puramente descriptivo. Los especialistas del campo no han desarrollado interpretaciones ni generalizaciones relacionadas con las mujeres.

Entonces, aún está por escribirse la historia de las mujeres y la historia de los cambios en las relaciones entre los sexos en las sociedades mesopotámicas. Tengo mucho respeto por el trabajo académico y el conocimiento técnico y lingüístico de los investigadores que han trabajado y trabajan en los estudios del Antiguo Cercano Oriente, y estoy segura de que de entre sus filas saldrá un trabajo que sintetizará y pondrá en su debida perspectiva la larga y todavía no contada historia del cambio de estatus social, político y económico de las mujeres durante el tercer y segundo milenios antes de Cristo. Puesto que no estoy formada en asiriología y soy incapaz de leer los textos cuneiformes en su lengua original, no me he propuesto escribir tal historia.

Sin embargo, observé que la secuencia de eventos parecía bastante diferente de la que había anticipado. Si bien la formación de los Estados arcaicos, que siguió o coincidió con grandes cambios económicos, tecnológicos y militares, trajo diversas modificaciones en las relaciones de poder entre los hombres, y entre los hombres y las mujeres, no había evidencia de un “derrocamiento”. El período de la “formación del patriarcado” no fue un “evento” sino un proceso que se desarrolló a lo largo de casi dos mil quinientos años, desde aproximadamente el 3100 al 600 a. C. Tuvo lugar a un ritmo diferente y en distintos momentos en diversas sociedades, incluso dentro del Antiguo Cercano Oriente.

Por otro lado, las mujeres habrían tenido estatus muy diferentes en distintos aspectos de sus vidas; por ejemplo, en Babilonia, en el segundo milenio antes de Cristo, su sexualidad

estaba totalmente controlada por los hombres. Así y todo, algunas mujeres disfrutaban de una gran independencia económica, varios derechos legales y privilegios, y mantenían importantes posiciones en la sociedad. Me sorprendió encontrar que la evidencia histórica relacionada con las mujeres tenía poco sentido si era juzgada con un criterio tradicional. Luego de un tiempo comencé a comprender que debía enfocarme más en el tema del control de la sexualidad y la procreación que en las cuestiones económicas usuales, por lo cual comencé a investigar las causas y efectos de este control. Al hacerlo, las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar. No había llegado a comprender el sentido de la evidencia histórica que tenía ante mí porque había mirado la formación de clases, tal como se aplica a hombres y mujeres, a partir de la idea tradicional de que lo que es verdad para los hombres debe serlo para las mujeres. Sólo cuando empecé a preguntarme por la forma diferencial en la que hombres y mujeres abordaban la definición de clase en el origen de la sociedad de clases, la evidencia que tenía frente a mí adquirió sentido.

En este libro desarrollaré las siguientes proposiciones:

- a) La apropiación por parte de los hombres de la capacidad sexual y reproductiva de las mujeres ocurrió *antes* de la formación de la propiedad privada y de la sociedad de clases. De hecho, su uso como mercancía se encuentra en la fundación misma de la propiedad privada (capítulos 1 y 2).
- b) Los Estados arcaicos estaban organizados como patriarcados. Así, desde su origen, el Estado tuvo un interés fundamental por mantener la familia patriarcal (capítulo 3).
- c) Los hombres aprendieron a instituir la dominación y jerarquía sobre otros grupos a partir de la práctica de la dominación sobre las mujeres de su propio grupo. Esto adquirió forma institucional con la esclavitud, que comenzó con la esclavización de las mujeres de los pueblos conquistados (capítulo 4).
- d) La subordinación sexual de las mujeres fue institucionalizada en los códigos jurídicos más antiguos e impuesta

por el poder totalitario del Estado. La cooperación de las mujeres en el sistema fue asegurada a través de varios medios: la fuerza, la dependencia económica del jefe de familia, los privilegios de clase dados a las mujeres de las clases altas, conformistas y dependientes, y la división, artificialmente creada, entre mujeres respetables y no respetables (capítulo 5).

- e) Para los hombres, la clase estaba –y sigue estando– basada en su relación con los medios de producción: quienes tenían los medios de producción podían dominar a quienes no los tenían. Para las mujeres, la clase estaba mediada por sus vínculos sexuales con un hombre, quien les daba acceso a los recursos materiales. La división de las mujeres entre “respetables” (es decir, ligadas a un hombre) y “no respetables” (es decir, no relacionadas con ningún hombre o libre de ellos) estaba institucionalizada en las leyes que regulaban el uso del velo para las mujeres (capítulo 6).
- f) Mucho después de que las mujeres fueran subordinadas, tanto sexual como económicamente, a los hombres, ellas conservaron un rol activo y respetado en la mediación entre los humanos y los dioses como sacerdotisas, videntes, adivinas y curanderas. El poder metafísico femenino, especialmente el de dar vida, era adorado por hombres y mujeres en forma de diosas poderosas mucho después de que las mujeres fueran subordinadas a los hombres en la mayor parte de los aspectos de sus vidas terrenales (capítulo 7).
- g) La caída de las diosas poderosas y su reemplazo por un dios masculino dominante tiene lugar en la mayoría de las sociedades del Cercano Oriente luego de la consolidación de una monarquía fuerte e imperialista. Gradualmente, la función del control de la fertilidad, antes a cargo de las diosas, pasa a ser simbolizada a través de la unión –simbólica o real– del dios o el rey divino con la diosa o su sacerdotisa. Por último, se separa la sexualidad (erotismo) de la procreación cuando aparecen diosas diferentes para cada función, y la diosa madre se

convierte en la esposa o consorte del principal dios masculino (capítulo 7).

- h) El surgimiento del monoteísmo hebreo se vuelve un ataque a los diversos cultos a las diosas de la fertilidad. En el Libro del Génesis, el poder de la creación y la procreación es atribuido a un dios todopoderoso, cuyos epítetos –“Señor” y “Rey”– lo identifican como un dios masculino. La sexualidad femenina que no tuviera propósitos reproductivos se asoció entonces con el pecado y el mal (capítulo 8).
- i) Con el establecimiento de la alianza –el símbolo básico y el contrato entre Dios y la humanidad– se asume como si fuera un hecho la posición subordinada de las mujeres y su exclusión de la alianza metafísica y la comunidad terrenal. Su único acceso a Dios y a la comunidad sagrada es mediante su función de madres (capítulo 9).
- j) Esta devaluación simbólica de las mujeres respecto de lo divino se transformó en una de las metáforas fundantes de la civilización occidental. La otra metáfora fundacional la proporcionará la filosofía aristotélica, que asume que las mujeres son seres humanos incompletos y defectuosos que pertenecen a un orden totalmente diferente al de los hombres (capítulo 10). A partir de estos dos constructos metafóricos, creados dentro de los sistemas simbólicos esenciales de la civilización occidental, la subordinación de las mujeres es vista como “natural” y, por lo tanto, se vuelve invisible. Esto es lo que finalmente consolida al patriarcado como una realidad y una ideología.

¿Qué relación hay entre las ideas (específicamente las de género)² y las fuerzas económicas y sociales que construyen la historia? La matriz de cualquier idea es la realidad: nadie con-

2. El *sexo* es lo establecido biológicamente para hombres y mujeres. El *género* es la definición cultural del comportamiento definido como apropiado para los sexos en determinada sociedad y en cierto momento. El género es una serie de papeles culturales; por lo tanto, es un producto cultural que cambia con el tiempo (ver los apartados sexo y género en el anexo).

cibe algo que no haya experimentado por sí mismo o al menos que otros hayan experimentado antes. Así, las imágenes, las metáforas y los mitos encuentran su expresión en formas “prefiguradas” a través de experiencias pasadas. En los períodos de cambio, las personas reinterpretan estos símbolos de una forma nueva que da lugar a nuevas combinaciones e ideas.

Lo que intento hacer en este libro es rastrear, a partir de la evidencia histórica, el desarrollo de las principales ideas, símbolos y metáforas a través de los cuales las relaciones de género patriarcales fueron incorporadas a la civilización occidental. Cada capítulo está elaborado alrededor de una de estas metáforas de género, tal como se indica en sus títulos. He intentado aislar e identificar las formas en que la civilización occidental construyó el género y estudiarlas en momentos o períodos de cambio. Estos modos consisten en normas sociales que se concretan en roles, en leyes y en metáforas. Son artefactos históricos a partir de los cuales es posible deducir la realidad social que dio lugar a esa idea o metáfora. Al estudiar los cambios en las metáforas o imágenes, debería ser posible encontrar los avances históricos subyacentes en la sociedad, incluso en ausencia de otras evidencias históricas. En el caso de la sociedad mesopotámica, la abundancia de evidencia histórica hace posible, en la mayoría de los casos, confirmar mi propio análisis de los símbolos al compararlos con datos fidedignos.

Los principales símbolos de género y metáforas de la civilización occidental provienen, en su mayoría, de la Mesopotamia y, luego, de fuentes hebreas. Sería, por supuesto, deseable ampliar este estudio a las influencias árabes, egipcias y europeas, pero tal empresa demandaría más años de trabajo académico de los que, a mi edad, podría dedicar. Sólo puedo esperar que mi esfuerzo por reinterpretar la evidencia histórica con la que contamos inspire a otras personas a continuar el camino de las mismas preguntas desde su campo específico y con herramientas académicas más refinadas.

Al comenzar este trabajo, mi idea era hacer un estudio de la relación de las mujeres con la construcción del sistema simbólico mundial, su exclusión de él, sus esfuerzos por acabar con la sistemática desventaja educativa a la que eran sometidas y,

finalmente, su adquisición de una conciencia feminista. Pero mientras avanzaba mi trabajo en la antigua Mesopotamia, la abundancia de información me llevó a ampliar el libro a dos volúmenes, el primero de los cuales termina aproximadamente en el 400 a. C. El segundo tratará del surgimiento de la conciencia feminista y abarcará la era cristiana.

Aunque creo que mis hipótesis tienen una aplicación universal, no trato de proponer una “teoría general” del comienzo del patriarcado y el sexismo sobre la base del estudio de una sola región. Las hipótesis teóricas que doy sobre la civilización occidental deben ser verificadas y comparadas con otras culturas para que sean aplicables en general.

¿Cómo vamos a pensar a las mujeres como grupo al entender esta exploración? Tres metáforas pueden ayudarnos a ver desde un nuevo ángulo este tema.

En su brillante artículo de 1979, Joan Kelly hablaba sobre la nueva “doble perspectiva” de los estudios feministas:

El lugar de una mujer no es en una esfera separada o espacio de existencia sino una posición dentro de la existencia social general. [...] el pensamiento feminista se mueve más allá de la visión dividida de la realidad social que heredó de su pasado reciente. Nuestra perspectiva ha cambiado, dando espacio a la nueva conciencia del “lugar” de una mujer en la familia y la sociedad. [...] lo que vemos no son dos esferas de realidad social (la casa y el trabajo, lo privado y lo público), sino dos (o tres) grupos de relaciones sociales.³

Estamos sumando la visión femenina a la masculina y ese proceso es transformador. Sin embargo, es necesario llevar la metáfora de Joan Kelly un paso más allá: cuando miramos con un solo ojo, nuestra visión es limitada en amplitud y profundidad. Cuando miramos con el otro, nuestro campo de visión se amplía pero aún nos falta profundidad. Sólo cuando los dos

3. Joan Kelly, conferencia “The Doubled Vision of Feminist Theory: A Postscript to the ‘Women and Power’”, *Feminist Studies*, vol. 5, n° 1 (primavera de 1979), pp. 221-222.

ojos ven juntos podemos obtener el campo completo de visión y una percepción exacta de la profundidad.

La computadora nos proporciona otra metáfora. La pantalla nos muestra la imagen de un triángulo (bidimensional). Sin cambiar la imagen de base, el triángulo se mueve en el espacio y se transforma en una pirámide (tridimensional). Ahora la pirámide se mueve en el espacio y crea una curva (la cuarta dimensión), mientras sigue manteniendo la imagen del triángulo y la pirámide. Podemos ver las cuatro dimensiones al mismo tiempo sin perder ninguna de ellas; vemos, incluso, la relación verdadera entre cada una de ellas.

La forma en la que hemos estado viendo, es decir, en términos patriarcales, es bidimensional. “Agregar a las mujeres” al marco patriarcal lo vuelve tridimensional. Pero sólo cuando la tercera dimensión es totalmente integrada y se mueve con el todo, sólo cuando la visión de las mujeres sea igual a la de los hombres percibiremos las verdaderas relaciones en el todo y las conexiones internas entre las partes.

Por último, otra imagen. Hombres y mujeres viven en un escenario sobre el cual interpretan papeles asignados igual de importantes. La obra no puede continuar si no están los dos tipos de actores. Ninguno contribuye “más o menos” al todo; ninguno de los dos es marginal o prescindible. Pero la puesta está pensada, pintada y definida por los hombres. Ellos escribieron la obra, dirigieron la función e interpretaron el significado de las acciones. Ellos se asignaron las partes más interesantes, más heroicas, y les dieron a las mujeres los papeles secundarios.

Cuando las mujeres se dan cuenta de la forma diferente en la que participan de la obra, piden más igualdad en el reparto de papeles. Eclipsan a veces a los hombres y otras suplantando a un actor que falta. Finalmente, tras una considerable lucha, ganan el derecho a acceder a un reparto equitativo de los papeles, pero primero deben estar “calificadas”. Y los términos de su “calificación” están, una vez más, en manos de los hombres. Son los jueces que las evalúan, quienes otorgan o niegan su admisión. Ellos dan preferencia a las mujeres dóciles y a aquellas que calzan a la perfección en la descripción del trabajo. Los

hombres castigan con la ridiculización, la exclusión o el ostracismo a cualquier mujer que asuma el derecho de interpretar su propio papel o, el peor de todos los pecados, el derecho a reescribir el guion.

A las mujeres les lleva un tiempo entender que obtener partes “iguales” no las hará iguales, en tanto y en cuanto el guion, el escenario y la dirección estén en manos de los hombres. Cuando comienzan a darse cuenta de esto y se juntan durante los entreactos, o incluso durante la función, a discutir qué hacer, la obra termina.

Si miramos la Historia de la sociedad como si fuera una pieza teatral, vemos que el relato de las representaciones a lo largo de miles de años fue escrito sólo por hombres y contado con sus palabras. Y que fijaron su atención principalmente en sí mismos. No nos sorprende que no hayan notado las acciones de las mujeres. Por fin, en los últimos cincuenta años, algunas de ellas han obtenido la formación necesaria para escribir las obras de la compañía. Al ser ellas quienes escribían, empezaron a prestar más atención a lo que las mujeres hacían. De todas formas, sus mentores hombres las entrenaron bien. Entonces, ellas también encontraron que lo que hacían los hombres era más importante y, en su deseo por realzar el papel de las mujeres en el pasado, buscaron a aquellas que hubieran hecho lo mismo que los hombres. Así nació la historia compensatoria.

Lo que las mujeres deben hacer, lo que las feministas están haciendo, es señalar el escenario, la puesta, el decorado, los directores y los dramaturgos, y, tal como el niño en el cuento que descubre que el emperador está desnudo, decir: la desigualdad entre nosotros está dentro de este marco. Y luego lo destruyen.

¿Cómo será la escritura de la historia cuando acabe esta dominación, y hombres y mujeres compartan igualitariamente la tarea de hacer las definiciones? ¿Devaluaremos el pasado, derribaremos sus categorías, suplantaremos orden por caos? No. Simplemente caminaremos bajo un cielo libre. Observaremos cómo cambia, cómo aparecen las estrellas y la luna gira, y describiremos la tierra y el trabajo que se hace en ella con voces femeninas y masculinas. Podremos, después de todo, ver de una manera más rica. Ahora sabemos que el hombre no es la

medida de lo humano; lo son el hombre y la mujer. Los hombres no son el centro del mundo; lo son los hombres y las mujeres. Este pensamiento transformará la conciencia como lo hizo el descubrimiento de Copérnico de que la tierra no era el centro del universo. Podemos interpretar nuestros diferentes papeles en el escenario, podemos intercambiarlos o quedarnos con ellos, como nos parezca mejor. Podemos descubrir nuevos talentos entre quienes han vivido siempre a la sombra de otro. Podemos descubrir que quienes llevaban sobre sus hombros la carga de actuar y definir pueden tener ahora más libertad para interpretar y experimentar la alegría pura de la existencia. No tenemos la obligación de describir lo que hay al final, así como los exploradores que navegaron hasta los confines del mundo sólo para encontrar que la tierra era redonda tampoco lo sabían al principio de su viaje.

Hasta que no empecemos, no lo sabremos. El proceso en sí mismo es el camino, la meta.